

se en vacías especulaciones, ha de ser consecuente con los datos concretos, históricos, que, como "bienes culturales", devienen en el tiempo. Crítico o trascendental, porque considera igualmente que una adecuada valoración de este factum histórico sólo es posible sobre la base de aquellos principios universales y eternos constituídos por las categorías axiológicas

¿Es este enfoque satisfactorio?. Preguntemos más de cerca, ¿quedan los valores intactos al *funcionar* en el plano de la historia como bienes culturales?. Estos, los valores, "no flotan en el aire, tan sólo se dan en los bienes culturales de cada pueblo y de cada época". Es Larroyo quien lo ha expresado. Pero si sólo se dan en los bienes culturales y éstos cambian con los tiempos y lugares ¿no *inhiere* cambiar, al menos de *sentido*, a los valores mismos? ¿y qué serían los valores si se les sustrajese a este cambio continuo de sentido? ¿cómo conciliar la tesis de que los valores son eternos, al margen del tiempo, con la tesis de que tan sólo se dan en los bienes históricos?. "La historia, dice Larroyo, es el vínculo entre lo eterno y lo temporal, entre valor y realidad"<sup>20</sup>. Más la historia insufla temporalidad a aquello que vincula. Parece, pues, hacer falta un mejor ajuste entre el "historismo" y el "criticismo". Resulta obvio, por cuanto a nosotros nos parece, que con esta observación quedan también comprometidos "los fundamentos *de jure* de la posibilidad de una filosofía americana".

## II

### *Una concepción fenomenológico-existencial de la filosofía americana*

5.—Por diversos caminos el pensador americano ha sido llevado a deslindar consistencia, significación y originalidad, de la filosofía americana. Vinculándose a esta difundida e ingente preocupación el venezolano Ernesto Mayz Vallenilla se pregunta de dónde viene que el americano de hoy se afane con tal solicitud por una cultura y una filosofía que sean

20. Op. Cit. Pág. 290.

tan peculiares, tan *originales*, como para erigirse en el signo elocuente de un "modo de existir" perfectamente individualizado dentro de la historia universal. Mayz Vallenilla no interroga directamente a la obra constituida del pensamiento americano con el propósito de examinar su perfil y posible significación, o en todo caso esta cuestión aparece a su mirada como una cuestión subsidiaria de un planteamiento aún más radical. Su pregunta se orienta a inquirir cuál sea la "raíz" de que se nutre aquel afán desbordante de originalidad que embarga hoy al americano. ¿Por qué el americano de hoy busca tan ardentemente ser original dentro del concierto de la Historia Universal?. No por indigencia o por una falta de potencia espiritual, o porque un complejo de inferioridad histórica haya impedido al americano hasta ahora ser original y hoy quiera "empezar a ser", piensa M. Vallenilla, sino porque por ser americanos nos está ya dada en nuestro ser una comprensión "original" de América. "Como americanos que somos nuestro "ser" tiene ya, en cada caso, una comprensión originaria de América en la que se halla implícito el sentido del ser "nuevo" —original— de este "Nuevo Mundo"<sup>21</sup>.

El americano *siente*, con un sentir de profundas y oscuras resonancias, que su ser y su mundo constituyen algo "originario", sin que acierte muchas veces a descifrar y llevar a clara conciencia en qué consiste lo nuevo u originario de su ser y de su mundo. ¿No sería de explicarse aquél afán de originalidad del hombre americano como expresión de un impulso que brota del *hontanar* de su existencia y que pugna por rebelar a la luz de un saber ontológico la "originariedad" que late en los oscuros estratos de una comprensión preontológica de su "ser" cabe un nuevo —original— mundo? Según lo ve M. Vallenilla esto es lo que acontece. Por lo tanto, no es que el hombre americano carezca de originalidad. Esta, por ser la de un hombre que vive ya cabe un mundo "nuevo", le es inherente de hecho. Sólo que, por ser también consustancial al ser del hombre americano la *búsqueda* autoesclarecedora

21. Ernesto Mayz Vallenilla. "El Problema de América". *Episteme*. Anuario de Filosofía. Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1957. Pág. 473.

de su propia originalidad, se ha querido ver a esta originalidad bajo el falso matiz de algo que no se tiene. Lo cierto es, según M. Vallenilla, que por ser constitutiva del ser del hombre americano una originalidad, pero por serlo bajo el aspecto de una búsqueda inconclusa, el hombre americano, su mundo y su cultura, es "ya" original en el modo de un 'no-ser-siempre-todavía'. "El americano siente que el hombre que hay en él (y que mora cabe un Mundo en torno esencialmente advenidero) antes de ser algo ya hecho o acabado, y de lo cual pudiera dar testimonio como acerca de la existencia de una obra o de una cosa concluída, es algo que "se acerca", que está llegando a ser, que aún no es, pero que inexorablemente llegará a ser. Bajo esta forma, la propia comprensión de su existencia se le revela como un 'no-ser-siempre-todavía': síntoma inequívoco del ser esencialmente Expectativa"<sup>22</sup>. Y dado que el ser del hombre americano es fundamentalmente el de un hombre que *va de camino*, su temple ontológico, el que lo definiría, es un temple esencialmente prospectivo. Es la Expectativa (su rasgo fundamental) el resorte que mueve y condiciona el afán del americano por encontrar su más propia y personal "originariedad". "El hombre americano sabe —con un 'saber' preontológico, que es como decir, 'cree' o 'tiene en cuenta'— que sólo siendo 'originario' alcanzará su ser auténtico"<sup>23</sup>.

Tales son, esquemáticamente, los resultados fenomenológicos de una hermenéutica existencial del hombre americano, según tratamiento de M. Vallenilla. Ahora bien, si se parte de estos resultados ¿cuál habrá de ser la tarea de una filosofía americana de corte "original"? Si, después de todo, la "originariedad" del hombre americano no consiste sino en la peculiar "conciencia histórica" con que afronta el transcurso y advenir de la Historia Universal, si ella se anuncia en cada uno de los grandes episodios de su "ser histórico", será misión de una filosofía americana original el preguntarse, descubrir e iluminar, el "Origen" mismo o *comienzo* de nuestro "ser americano" marcado por el temple básico de su propia Expectativa. ¿Por qué se hizo tan radical y decisivo en el hombre

22. Op. Cit. Pág. 489.

23. Op. Cit. Pág. 497.

americano semejante temple?, ¿cómo surgió del hontanar de su existencia la expectativa que distingue hoy al hombre americano?, ¿cómo se hizo consustancial en él ese sentirse como un no-ser-siempre-todavía? Tarea, pues, de una filosofía americana original, según queda así indicada, será despejar este comienzo del hombre americano dentro de los límites de una Filosofía de la Historia.

Lo primero que llama la atención en el bosquejo de fenomenología americanista que ofrece M. Vallenilla es la ausencia de un *análisis comparativo* del hombre y del mundo americanos. Se trata de un análisis de entidades históricas. Pero al menor esfuerzo por afrontarlo ¿no le sale al paso el carácter conectivo de las mismas?. Al Mundo y al Hombre americanos no se los puede abordar en sí y por sí, porque a la "conciencia cultural" o histórica de América no le es ajena la conciencia cultural de Europa. Si se plantea el problema del ser del hombre americano desde esta perspectiva la pregunta por la originalidad de América vendría a decir más bien: desde el nivel de una conciencia inter-cultural de dimensión universal ¿dónde comienza lo "nuevo" del hombre americano?. Pero el punto de partida, según M. Vallenilla, es otro: es "lo autóctono". Busca la raíz de que se alimenta el deseo del americano de hacer una obra tan peculiar que constituya el índice de un modo de existir "perfectamente individualizado" dentro de la Historia Universal. La encuentra en la Expectativa, el temple ontológico por virtud del cual el hombre americano se nota como siendo un no-ser-siempre-todavía. Advirtamos, sin embargo, lo siguiente. Como el afán del hombre americano de ser "original", propio y personal, no puede tomar más de lo que está en la raíz de que se nutre, lo que hay de último en la expectativa que definiría al ser del hombre americano sería esto: un no-ser-siempre-todavía *sí mismo*. No temos aún otra cosa consecuente con la estructura de *nuestro* "ser histórico". El americano también es, ¡"bajo la forma de ya no serlo"! un no-ser-siempre-todavía *lo que Europa ya era*. Finalmente, no podemos dejar de esperar: ¿un no-ser-siempre-todavía *qué*?. Queremos decir que la Expectativa, en cuanto tal, no puede ser nunca la instancia constituyente del ser

del hombre *americano*, sino el *contenido* concreto que en cada caso *llena*, digámoslo así, el vacío indeterminado de una pura Expectativa. Por eso no podemos decir con M. Valleni-lla: "Dejemos que América aparezca y su ser venga a luz a través del tiempo extasiado del futuro"<sup>24</sup>. Porque aún en el caso de que al presente fuese este *sí mismo* el contenido concreto esperado en aquella expectativa, quedaría por ver si ello indica algo "realmente 'originario', valga decir, autóctono", o si no señala más bien uno de esos procesos que Scheler llama de comprensión recíproca y simultánea de "lo propio y de lo ajeno" válidos para la vida individual, y también colectiva<sup>25</sup>.

¿Por qué, por otra parte, habría de quedar reducida la originalidad de la filosofía americana a su capacidad para descubrir el "origen" del ser del hombre americano en la pauta de aquella Expectativa?, ¿no se limitan con ello las posibilidades de una filosofía americana original?, ¿puede, en último término, un *rasgo* ontológico como la Expectativa erigirse en *desideratum* del *saber* filosófico original?. Pero un rasgo, cualquiera que éste fuera, no puede ser más que algo "tenido" por una filosofía; en ningún caso puede considerársele como algo "aprehendido" por el conocimiento filosófico. Sólo en esta dirección podemos esperar de la filosofía su originalidad, como esperamos precisarlo.

### III

#### A. Zum Felde: *Lo metafísico de la entidad americana*

6.—Alberto Zum Felde considera, como es corrientemente admitido, que el drama de la cultura americana —se entiende, también de la filosofía— no es otro que el de la conciencia desconcertante de su falta de originalidad y la agitada búsqueda de su personalidad espiritual. La originalidad de que aquí se habla se entiende también como la posesión de un determinado "estilo" que ha de dar "carácter" propio a la

24. *Op. Cit.*: Pág. 472.

25. M. Scheler. *Esencia y formas de la simpatía*. Losada, 1957, Sección C, III, Pág. 326.

cultura americana. "El problema de la cultura americana" es el problema del rasgo que haya de dar a esta cultura su perfil propio, el genio definatorio de su personal entidad. América Latina se ha dado cuenta de que todo cuanto ha hecho y pensado ha sido fruto de una inmadurez histórica, que, hasta ahora, permanece sumergida en la penumbra espiritual de su adolescencia histórica donde no se ve por ningún lado el contorno preciso de su figura caracterizante.

Sería de ver, según el pensador uruguayo, si ese rasgo propio no late en lo profundo de esa penumbra espiritual de América que constituye la historia de su cultura, y si no se trata de sondear en ella el propósito de hacerlo manifiesto. Que ello es sostenible lo indica ya la circunstancia de que el estilo propio de una cultura, su genio peculiar, no es nunca mera objetividad o exterioridad, sino la "expresión" clásica de su "entidad subjetiva". El estilo propio de una cultura es algo así como un estrato "virtual" del que la cultura "objetiva" no es más que su expresión, su "cifra" y culminación, tal como el fruto y la flor son culminación de las virtualidades contenidas en el árbol. Que es como decir: el carácter de una cultura es un trasfondo metafísico que ésta lleva "detrás de sí, debajo de sí". "La cultura de que hablamos, dice Zum Felde, es esa realidad intrínseca que no es suma objetiva, ni adjetiva, sino entidad del ser, categoría de conciencia, esencia y no forma, espíritu y no letra, virtud y no cosa, expresión y no técnica; —aunque la técnica, la cosa, la forma y la letra, sean la necesaria concreción de la esencia, el espíritu y la virtud"<sup>26</sup>.

La clave de una cultura no está, según esto, en el plano fenoménico constituido por sus grandes o pequeñas manifestaciones, sino en aquel oscuro trasfondo original, de raíz metafísica, de que se sustentan las variadas formas de esa cultura. Este es el primer postulado con que ha de contar el hombre americano si es que ha de poder acceder al ser en que verdaderamente consiste su cultura. Esta, por otra parte, sólo vive históricamente, es la historia misma de la cultura ame-

26. Alberto Zum Felde. *El Problema de la cultura americana*. Losada. Buenos Aires. 1943. Pág. 14.